

DEBATE

Nº 24
SUPLEMENTO
POLÍTICO
Domingo 4 de
febrero de 2024



Hiperimperialismo

Desde la década de 1970, esta política de tierra arrasada ha devastado gran parte del Sur Global a través de los programas de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional.

Ahora
EL PUEBLO

DIRECTOR
Carlos Eduardo
Medina Vargas

COLABORADOR
Paulo Cuiza

**DISEÑO Y
DIAGRAMACIÓN**
Gabriel Omar
Mamani Condo

CORRECCIÓN
José María
Paredes Ruiz

Redes Sociales



www.ahoraelpueblo.bo

La Paz-Bolivia
Calle Potosí, esquina
Ayacucho N° 1220.
Zona central, La Paz.
Teléfono: 2159313.

Los conceptos planteados en los artículos publicados en **Debate** no reflejan necesariamente la línea editorial de **Ahora El Pueblo**. Consideramos importante, sin embargo, que se conozcan porque contribuyen a tener una visión integral sobre un tema en particular.

DEBATE

Políticos profesionales: ¿mal necesario?

PRENSA LATINA

En el mundo moderno basado en la industria capitalista, el Estado pasó a ser una pieza clave; su complejidad y división especializada de funciones necesita, cada vez más, de tecnócratas eficientes. Para eso están lo que podríamos llamar “políticos profesionales”. En ese sentido la política fue pasando a tener un lugar preeminente en la modernidad, constituyéndose casi en una casta cerrada con su lógica propia. Salvando las distancias entre “corruptos” políticos del Sur y ¿transparentes? del Norte (eso es una falacia: hay corrupción en todos lados), pareciera que todos están cortados por la misma tijera. Es decir: responden a un perfil psicológico aproximadamente igual en todos los casos: manipuladores, mentirosos, aprovechados, maquiavélicos, no confiables... por decir lo menos. “A veces la guerra está justificada para conseguir la paz”, dijo Barack Obama al recibir el Nobel de la Paz (!). ¿Qué diferencia sustancial hay entre eso, cualquier promesa de campaña de cualquier político de cualquier parte del mundo y lo que puede decir un comediante? Repitémoslo: manipulación, mentiras, justificaciones maquiavélicas; esas son las características distintivas del discurso político burgués: todo se puede justificar, todo se puede maquillar.

El político profesional no es el ciudadano común que se involucra en los asuntos de la res publica (eso no pasa nunca en las democracias representativas, ¡no puede pasar nunca!), sino la persona —generalmente varón, machismo mediante— que se dedica de tiempo completo a moverse en el aparato de Estado, a administrar toda esa maquinaria conociendo los vericuetos íntimos del entramado político-institucional. La noción es moderna; nace en el capitalismo europeo, en el Estado-nación moderno que crea el sistema triunfante en la Europa posrenacentista, y que hoy ya se ha extendido globalmente como sinónimo de progreso y modernidad. Esta noción de “político” tiene en la actualidad sus códigos propios, su historia, su identidad. Como mínimo, y aunque suene a chistoso, tiene incluso identidad hasta en su presentación formal: varón de mediana edad, o ya entrado en años —no muy comúnmente joven— en traje y corbata con pelo corto (tatuajes excluidos, aunque la moda hoy ya los puede ir imponiendo). Y como la mujer ya ha ingresado también a este “oficio”, también tiene su correspondiente look, su uniforme, sus códigos: trajecito formal, tacones, algunas joyas.

La profesión ya se ha globalizado, y con las adecuaciones del caso (también vale en algunos casos la túnica o el traje típico de la región), el “saco y corbata” es, si bien de origen occidental, ya un símbolo universal. Todo lo cual puede demostrar al menos dos cosas: por un lado, que los vericuetos del poder y de las sociedades basadas en las diferencias de clases más o menos se repiten por igual en cualquier latitud (lo cual permite ver que “la historia no ha terminado” como altaneramente se anunció hace algún tiempo, pues las luchas de clase siguen marcando el rit-

mo, porque el sistema capitalista sigue vigente, y por tanto sus contradicciones internas inmodificables: los políticos las expresan). Por otro, que las matrices dominantes en términos ideológico-culturales vienen impuestas por el discurso hegemónico, en este caso, la visión eurocéntrico-capitalista; léase: el saco y la corbata de los políticos de profesión, o... democracia representativa, formal, democracia de los partidos políticos, resguardando a muerte la propiedad privada de los medios de producción. ¡Eso es lo inmodificable y lo que esa política resguarda!

La corrupción, como constante humana en tanto transgresión —eso se puede encontrar en cualquier lugar, incluso en los modelos socialistas— no deja de ser parte del ejercicio de poder. Sucede que este segmento de políticos de profesión, con mayor acceso que nadie a los fondos públicos, siempre están cercanos a la tentación de quedarse con algún vuelto. De hecho, eso sucede. De esa cuenta, y a partir de ese descarado discurso donde todo se negocia a espaldas de las poblaciones, la “política”, en tanto actividad profesionalizada, está desacreditada, abominada, denigrada —sin mayores posibilidades de arreglo, por lo que se ve— puesto que la mentira que encarna cada vez es más insostenible. ¿Por qué mentira? Porque el manejo del Estado es la forma en que la explotación económica encuentra su legalización, su normalidad, y quienes manejan esas instancias conllevan intrínsecamente la mentira de hacer creer que gobiernan “para el provecho del pueblo”.

Los políticos profesionales, como grupo cerrado, como “gremio” profesional, en más de algún caso, o en muchos casos, pueden ser despreciables (quizá más que otros gremios que no juegan con los dineros públicos —nadie desprecia a los bomberos, ni a las enfermeras ni a los arquitectos, por ejemplo—); pero no son ellos la fuente de las injusticias. Si reparamos con objetividad en las barrabasadas, las incongruencias, los atropellos y estupideces sin par que dicen muchas veces (¿casi siempre?) los políticos profesionales, podríamos creer que son “enfermos mentales”. Invitarnos a comer mojarras de un lago contaminado luego de la supuesta “limpieza” del mismo, tal como dijo la ahora exvicepresidenta y rectora Roxana Baldetti en Guatemala, o querer hacernos creer que “el mundo ahora es un lugar más seguro” porque se mató a Osama Bin Laden, como dijera el presidente estadounidense Barack Obama (la lista de atrocidades y atropellos podría ocupar larguísimas páginas) son apenas algunos ejemplos de estas tropelías. ¿Son “enfermos mentales” estos agentes, o simplemente cínicos? ¿Quién se atreve a declarar una guerra, o el aumento de precios de los alimentos?

Lo ejercido por los funcionarios del Estado moderno, capitalista en su versión globalizada actual, con cuotas de poder inconmensurables que asientan en los más descomunales ejercicios represivos (armamento nuclear, por ejemplo) y/o de control (guerra de cuarta generación, guerra mediático-psicológica), es un manejo del otro increíblemente sutil, profundo, absoluto. El otro (para el caso: la población) no tiene casi margen alguno para decidir, más allá del espejismo en que se le hace creer que “decide su destino” con un voto.

Para el capitalismo moderno, la casta política es un mal necesario. ¿Se la podrá reemplazar en el futuro? ¿Para cuándo la democracia real, de base, popular?

A portrait of Daniel Alvaro, a man with dark, wavy hair, wearing a light blue suit jacket, a white shirt, and a patterned tie. He is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is dark with some blurred lights.

Milei y la idea del comunismo

DANIEL ÁLVARO***PÁGINA 12**

Como lo anticiparon Marx y Engels desde las primeras líneas del Manifiesto Comunista hace casi dos siglos, el comunismo se mueve a la manera de un fantasma. Aparece, desaparece y reaparece. Nunca deja de asediar. Incluso y sobre todo en los momentos en que parece estar más muerto que vivo. Hoy en día, cuando el fantasma del comunismo ya no es reconocido como una potencia por ninguna de las potencias que dominan el orden mundial, aquel se ha convertido, sin embargo, en objeto de un renovado interés teórico. El debate contemporáneo sobre “la idea del comunismo” –según una expresión de Alain Badiou– reúne a intelectuales de todo el mundo en torno a congresos, revistas, libros y otras instancias académicas. Es sintomático que el debate en cuestión gire alrededor de la “idea” antes que de la “práctica” comunista. Esto obedece a diversas razones. Acaso la más evidente es que se trata de una discusión eminentemente filosófica, lo que desde luego no excluye reflexiones en clave histórica y política. Ahora bien, el hecho de que los análisis en curso sobre el comunismo tengan lugar predominantemente en el seno de la academia es un indicio del lugar retirado que ocupa en el presente. Fuera de estos medios especializados y de los reducidos espacios políticos donde la idea comunista continúa inspirando acciones con vistas a una sociedad poscapitalista, la representación corriente que se tiene del comunismo oscila entre una antigüedad ideológica que hace tiempo ya no aporta novedades y el recuerdo pavoroso de uno de los grandes regímenes totalitarios del siglo XX. El fracaso incontestable del “socialismo realmente existente” y el sucesivo devenir capitalista del mundo contribuyeron a fijar esta doble representación del comunismo en el imaginario social. No obstante, los pensamientos y las experiencias comunistas actuales asumen formas inéditas, esto es, formas radicalmente heterogéneas respecto de la ortodoxia filosófica y política que servía de doctrina a los Estados y partidos identificados tradicionalmente con el comunismo.

Sea como fuere, lo cierto es que la exigencia comunista de justicia, libertad e igualdad hoy sobrevive en gestos éticos y políticos francamente minoritarios si se los considera desde un punto de vista global. La palabra misma de “comunismo” perdió la fuerza y la centralidad que

tuvo hasta fines del siglo pasado en el lenguaje corriente de la política. Por eso mismo la situación actual no puede más que sorprender. El anticomunismo extremo de Milei, primero reflejado en sus arengas mediáticas como candidato y ahora en sus discursos como presidente de la nación, tiene como mínimo un efecto paradójico. A fuerza de invocar el nombre de un fantasma que se creía exorcizado para siempre desde el final de la Guerra Fría, el fantasma reaparece en el momento y el lugar donde menos se lo espera. Su presencia espectral se hace sentir como símbolo de oposición y resistencia a un proyecto económico, político y cultural que tiene como objetivo fundamental favorecer al sector más concentrado del capital nacional y transnacional en detrimento de la inmensa mayoría de la población argentina.

La obsesión de Milei con el fantasma del comunismo, su compulsión repetitiva a identificarlo con la causa de los males que aquejan al sistema capitalista, colaboró en la puesta en circulación de un término que había caído provisionalmente en desuso. En verdad, poco importa si la idea que tiene Milei del comunismo se corresponde con lo que esa palabra todavía es capaz de nombrar. Para el caso, su concepción del comunismo es tan anacrónica, y por lo demás inexacta, como su percepción del capitalismo de libre mercado. Lo que importa es que su discurso reactiva un significativo capaz de canalizar el descontento creciente de aquellas y aquellos que, más allá de su orientación ideológica o filiación partidaria, sienten la amenaza fundada de perderlo todo, incluida la posibilidad de sobrevivir con un mínimo de dignidad. El empobrecimiento y la precarización de grandes sectores de la sociedad acaso sean las consecuencias más inmediatas y sensibles del plan de gobierno de Milei, lo que no vuelve menos acuciante la vulneración de derechos y formas de vida de una multiplicidad de actores sociales, desde los movimientos de mujeres, disidencias y alteridades, hasta las instituciones públicas vinculadas a la ciencia, la educación, la cultura y el cuidado del medio ambiente.

En semejante coyuntura, tal vez no sea inútil recordar la definición de comunismo a la vez simple y potente que proponía el filósofo y activista Toni Negri en una entrevista reciente, poco tiempo antes de morir: “El comunismo es una pasión colectiva alegre, ética y política que lucha contra la trinidad de la propiedad, las fronteras y el capital”.

* Investigador del Conicet y docente de la Universidad de Buenos Aires.

Hiperimp

Los hechos muestran que desde el inicio de la Tercera Gran Depresión, el Norte Global ha liderado el mundo en tecnología y materias primas, así como dominio sobre la información

VIJAY PRASHAD

REBELIÓN



Occidente está en peligro», advirtió el nuevo presidente de Argentina, Javier Milei, en la reunión del Foro Económico Mundial (FEM) de este año en Davos, Suiza.

En su estilo peligrosamente atractivo, Milei culpó al “colectivismo” —es decir, al bienestar social, los impuestos y el Estado— como la “causa fundamental” de los problemas del mundo, que conduce a un empobrecimiento generalizado.

La única manera de avanzar, declaró Milei, es a través de “la libre empresa, el capitalismo y la libertad económica”. El discurso de Milei marcó un regreso a la ortodoxia de Milton Friedman y los Chicago Boys, quienes impulsaron una ideología de canibalismo social como base de su agenda neoliberal.

Desde la década de 1970, esta política de tierra arrasada ha devastado gran parte del Sur Global a través de los programas de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional. También creó desiertos fabriles en Occidente (lo que Donald Trump, en su discurso de toma de posesión en 2017, llamó la carnicería estadounidense”).

Ahí radica la lógica confusa de la extrema derecha: por un lado, pedir a la clase multimillonaria que domine la sociedad en su interés (lo que produce la carnicería social) y luego, por el otro lado, inflamar a las víctimas de dicha carnicería para que luchen contra políticas que los beneficiarían.

Milei tiene razón en su juicio general: Occidente está en peligro, pero no a causa de las políticas socialdemócratas; está en peligro debido a su incapacidad para aceptar su lenta desaparición como bloque dominante en el mundo.

Del Instituto Tricontinental: Institute for Social Research and Global South Insights (GSI) nos llegan dos textos importantes sobre el cambiante panorama global: un estudio histórico, *Hiperimperialismo: una nueva etapa peligrosa y decadente*, y nuestro expediente número 72, *The Churning of el Orden Mundial* (el dossier es un resumen del estudio, por lo que me referiré a ellos como si fueran un solo texto).

Tricontinental cree que esta es la declaración teórica más significativa que nuestro instituto ha hecho en sus ocho años de historia.

Tanto en *Hiperimperialismo* como en *La agitación del orden mundial* destacamos cuatro puntos importantes:

Primero, a través de un análisis profundo de los conceptos de Norte Global y Sur Global, mostramos que el primero actúa como un bloque, mientras que el segundo es simplemente una agrupación flexible.

El Norte Global está liderado por Estados Unidos, que ha creado varios instrumentos para extender su autoridad sobre los demás países del bloque (muchos de los cuales son potencias coloniales históricas y sociedades de colonos).

Estas plataformas incluyen la alianza de inteligencia Five Eyes (inicialmente establecida en 1941 entre EEUU y el Reino Unido, la red ahora se ha expandido a Fourteen Eyes); la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN, creada en 1949) y el Grupo de los Siete (G7, creado en 1974).

A través de estas y otras formaciones, Estados Unidos y sus aliados políticos dentro del Norte Global pueden ejercer autoridad sobre sus propios países y los países del Sur Global.

En contraste, los países del Sur Global han estado históricamente mucho más desorganizados, con algunas alianzas y vínculos más laxos en torno a afiliaciones regionales y políticas.

El Sur Global no tiene un centro político ni un proyecto impulsado ideológicamente.

El análisis de los textos es detallado y se basa en bases de datos públicas y bases de datos creadas por GSI. La conclusión es que existe un sistema

mundial gestionado peligrosamente por un bloque imperialista.

No hay imperialismos múltiples ni conflictos interimperialistas.

En segundo lugar, las plataformas del Norte Global ejercen poder sobre el sistema mundial a través de una serie de vectores (militares, financieros, económicos, sociales, culturales) y a través de una variedad de instrumentos (OTAN, el Fondo Monetario Internacional, sistemas de información).

Con el declive gradual del control del Norte Global sobre el sistema financiero internacional, las materias primas, la tecnología y la ciencia, este bloque ejerce su poder principalmente a través de la fuerza militar y la gestión de la información.

En estos textos no abordamos la cuestión de la información, aunque ya hemos escrito sobre ella anteriormente y la retomaremos en un estudio sobre la soberanía digital.

El foco de estos textos se centra en gran medida en el gasto militar, donde mostramos que el bloque liderado por Estados Unidos representa el 74,3 por ciento del gasto militar mundial y que Estados Unidos gasta 12,6 veces más que el promedio mundial per cápita (Israel, segundo después de la guerra). Estados Unidos gasta 7,2 veces más que el promedio mundial per cápita).

Para poner esto en perspectiva, China representa el 10 por ciento del gasto militar mundial y su gasto militar per cápita es 22 veces menor que el de Estados Unidos.

Un gasto tan enorme en el ejército no es inocente. No sólo se produce a costa del gasto social, sino que el poder militar del Norte Global se utiliza para amenazar e intimidar a los países y, si son desobedientes, para castigarlos con fuego y azufre.

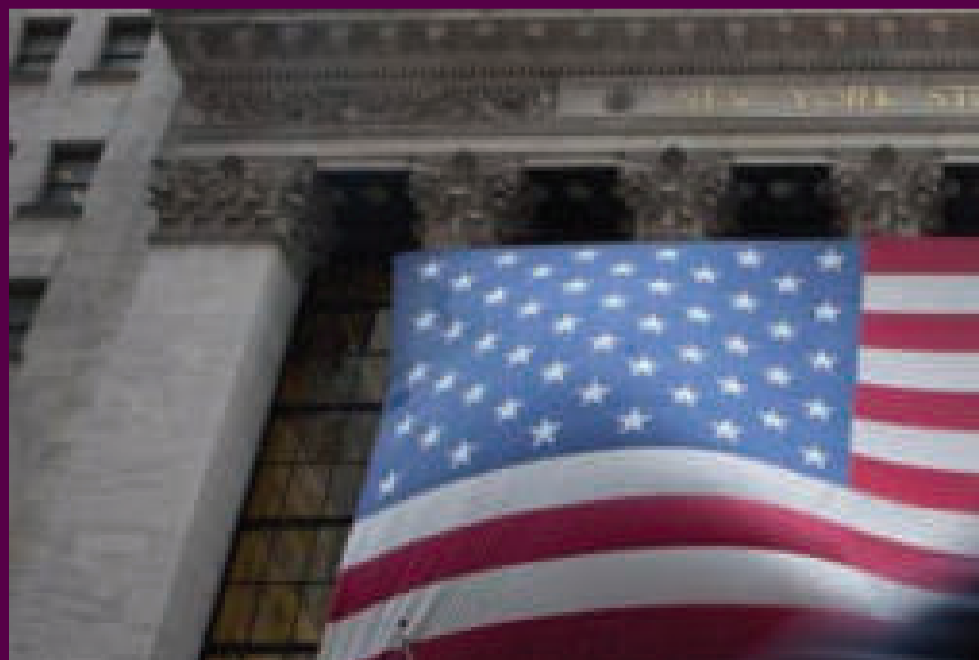
Solo en 2022, estas naciones imperialistas realizaron 317 despliegues de sus fuerzas militares en países del Sur Global.

El mayor número de estos despliegues (31) se realizaron en Mali, una nación que busca firmemente la soberanía, y que fue el primero de los estados del Sahel en dar golpes de estado respaldados por el pueblo (2020 y 2021) y expulsar a los militares franceses de su territorio (2022).

Entre 1776 y 2019, Estados Unidos llevó a cabo al menos 392 intervenciones en todo el mundo, la mitad de ellas entre 1950 y 2019.

Esto incluye la terrible e ilegal guerra contra Irak en 2003 (en el Foro Económico Mundial de este año, el Primer Ministro iraquí, Mohammed Shia' al-Sudani, pidió que las tropas del Norte Global abandonaran Irak).

Este enorme gasto militar del Norte Global, liderado por Estados Unidos, refleja la militarización de su política exterior.



erialismo

uchado por mantener su control sobre la economía mundial; sus instrumentos (monopolios versión extranjera directa) se han erosionado fundamentalmente.

Uno de los aspectos poco destacados de esta militarización es el desarrollo de una teoría tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido de “diplomacia de defensa” (como se señala en la “Revisión de Defensa Estratégica” del Ministerio de Defensa del Reino Unido de 1998).

En Estados Unidos, los pensadores estratégicos utilizan el acrónimo DIME para reflexionar sobre las fuentes del poder nacional (diplomacia, informativo, militar y económico).

El año pasado, la Unión Europea y la OTAN (las instituciones en el corazón del Norte Global) se comprometieron conjuntamente a “movilizar el conjunto combinado de instrumentos a nuestra disposición, ya sean políticos, económicos o militares, para perseguir nuestros objetivos comunes en beneficio de nuestros mil millones de ciudadanos”.

En caso de que no lo hayan entendido, ese poder (principalmente poder militar y diplomacia militar) no es para servir a la humanidad, sino sólo para servir a sus “ciudadanos”.

En tercer lugar, la Parte IV de nuestro estudio sobre “Hiperimperialismo” se llama “Occidente en decadencia” y analiza la evidencia de esta tendencia desde una perspectiva que rechaza el alarmismo de Milei de que “Occidente está en peligro”.

Los hechos muestran que desde el inicio de la Tercera Gran Depresión, el Norte Global ha luchado por mantener su control sobre la economía mundial; sus instrumentos (monopolios sobre tecnología y materias primas, así como dominio sobre la inversión extranjera directa) se han erosionado fundamentalmente.

Cuando China superó la participación de Estados Unidos en la producción industrial mundial en 2004, Estados Unidos perdió hegemonía en la producción (en 2022, el primero tenía una participación del 25,7 por ciento frente al 9,7 por ciento del segundo).

Dado que Estados Unidos ahora depende de importaciones netas de capital a gran escala, que alcanzaron el billón de dólares en 2022, Estados Unidos tiene poca capacidad interna para brindar ventajas económicas a sus aliados del Norte o del Sur Global.

Los propietarios de capital en Estados Unidos han desviado sus ganancias del tesoro del país creando las condiciones económicas para la carnicería social que aflige al país.

Las viejas coaliciones políticas arraigadas en torno a los dos partidos en Estados Unidos están cambiando, sin espacio dentro del sistema político estadounidense para desarrollar un proyecto político para ejercer hegemonía sobre la economía mundial a través de la legitimidad y el consentimiento.

Es por eso que el Norte Global liderado por Estados Unidos recurre a la fuerza y la intimidación, construyendo su enorme aparato militar aumentando su propia deuda pública (ya que hay poco consenso interno para utilizar ese endeudamiento para construir la infraestructura y la base productiva del país).

La raíz de la Nueva Guerra Fría, impuesta por Estados Unidos a China, es que China ha superado a Estados Unidos en formación neta de capital fijo, mientras que Estados Unidos ha experimentado un declive gradual.

Cada año desde 1992, China ha sido un exportador neto de capital; este excedente de creación de capital ha permitido financiar proyectos internacionales como la Iniciativa de la Franja y la Ruta, que ya cumple 10 años.

En cuarto lugar, analizamos el surgimiento de nuevas organizaciones arraigadas en el Sur Global, como la Organización de Cooperación de Shanghai (2001), los BRICS10 (2009) y el Grupo de Amigos en Defensa de la Carta de las Naciones Unidas (2021).

Estas plataformas interregionales se encuentran en una etapa embrionaria, pero proporcionan evidencia del crecimiento de un nuevo regionalismo y multilateralismo. Aunque estas formaciones no buscan operar como un bloque para contrarrestar el bloque del Norte Global, reflejan lo que anteriormente hemos llamado un “nuevo estado de ánimo” en el Sur Global.

El nuevo estado de ánimo no es ni antiimperialista ni anticapitalista, sino que está formado por cuatro vectores principales:

- El multilateralismo y el regionalismo se centraron en la creación de plataformas de cooperación ancladas en el Sur Global.

- La nueva modernización se centró en la construcción de economías regionales y continentales que utilicen monedas locales en lugar del dólar para el comercio y las reservas.

- Soberanía, lo que crearía barreras a la intervención occidental. Esto incluye enredos militares y colonialismo digital, los cuales facilitan las intervenciones de inteligencia de Estados Unidos.

- Reparaciones, que implicarían negociaciones colectivas para compensar las trampas de deuda centenarias de Occidente y el abuso del exceso de presupuesto de carbono, así como su legado de colonialismo de mucho más largo alcance.

El análisis de estos textos va muy por debajo de la superficie y proporciona una evaluación materialista histórica de nuestras crisis actuales.

Los documentos elaborados por las instituciones del Norte Global, como el informe “Riesgos Globales” del WEF para 2024, proporcionan una lista de los peligros que enfrentamos (catástrofe climática, polarización social, crisis económicas) pero no pueden explicarlos.

Creemos que nuestro enfoque proporciona una teoría para entender estos peligros como el resultado del sistema mundial administrado por el bloque hiperimperialista.

Al pensar en estos textos, mi mente se desvió hacia la obra del poeta iraquí Buland al-Haydari (1926-1996). Cuando todo parecía inútil, al-Haydari escribió que “el sol no saldrá” y que “al fondo de la casa, ya muertos, están los pasos de mis hijos, reducidos al silencio”.

Pero incluso entonces, cuando “estábamos sin electricidad”, queda esperanza. Su civilización se ahoga, pero luego “llegaste con el remo”, canta. “Tal es la historia de nuestro ayer, y su sabor es amargo”, concluye, “tal es nuestro lento caminar, la procesión de nuestra dignidad: nuestro único bien hasta la hora en que se alce, por fin, un remo libre”.

Esa anticipación define un clásico del poeta iraní Forough Farrokhzad (1934-1967), “Alguien que no es como nadie” (1966):

He soñado que algo viene. He soñado con una estrella roja, y mis párpados siguen moviéndose y puedo quedar ciego si miento. He soñado con esa estrella roja cuando no estaba dormido. Algo viene, algo mejor viene.

Vijay Prashad, historiador indio.



¿Plan Cóndor del siglo XXI en marcha?

ALBERTO ACOSTA

REBELIÓN

“

El Ecuador es un territorio de paz. No se permitirá el establecimiento de bases militares extranjeras ni de instalaciones extranjeras con propósitos militares. Se prohíbe ceder bases militares nacionales a fuerzas armadas o de seguridad extranjeras”. Artículo 5, Constitución de la República del Ecuador, 2008

Daniel Noboa, presidente de Ecuador, abrió la puerta a “la guerra”. El volcán del crimen organizado, que tiene muchas aristas, terminó por estallar a inicios del presente año en este país de la mitad del mundo. De un enfrentamiento conocido como de “mano dura”, ahora se propone uno de “súper mano dura”. En concreto se decretó un “conflicto interno armado” y se estableció una serie de “objetivos militares” a neutralizar. En este empeño, la militarización de la sociedad asoma como el eje rector, aplaudido por amplios grupos de una sociedad desesperada y atemorizada. Y así, las Fuerzas Armadas asumen un papel dominante, subordinando a la Policía Nacional.

Esta primera aproximación al tema despierta, con razón, preocupación. Como certeramente anota el jurista y docente universitario Luis Córdova Alarcón, “el régimen democrático puede ser asfixiado por una tenaza, conformada por el crimen organizado, por un lado, y por los militares por otro, que podrían ir desplazando a las instituciones civiles”. Más militarización de la sociedad, conducirá a menos democracia.

El asunto es aún más complejo en la medida que se cristaliza la pretensión de diversos sectores dentro del país, que, desde hace varios años, vienen clamando por el retorno de miembros de la fuerza armada norteamericana. No se conformaron nunca con el cierre de la Base de Manta, en el año 2009. Es más, no han dudado en sostener permanentemente una campaña de acusaciones en contra de esta decisión, con la que, sin escatimar mentiras, pretenden convencer a la sociedad que allí estaría el origen del auge del narcotráfico.

UNA COMPLEJA Y POCO CONOCIDA HISTORIA DE PRETENSIONES IMPERIALES

Recordemos que, a fines del siglo pasado, el Ecuador, durante el gobierno del democristiano Jamil Mahuad, vivía una de sus mayores crisis sociales, económicas y políticas. En ese complejo entorno, de forma reservada, se permitió la instalación en territorio ecuatoriano de lo que se conoce como Base de Manta, cuyo nombre oficial era de Puesto de Operaciones de Avanzada (FOL, Forward Operating Location).

Así se posibilitaba, una vez más, la instalación de tropas de los EEUU en territorio ecuatoriano. ¿Cómo que una vez más? Sí, en diciembre de 1941, sin que el gobierno ecuatoriano hubiera aún concedido la autorización para ocupar espacios del territorio nacional, contingentes de la marina y del ejército norteamericano desembarcaron en posiciones estratégicas en Salinas, en la costa ecuatoriana, y en Baltra, en las Islas Galápagos. En esos días, el Ecuador vivía una gravísima crisis política: su provincia de El Oro estaba invadida por tropas peruanas con las que Lima trataba de imponer un arreglo limítrofe.

Esa agresión no preocupaba mayormente o casi nada en la región. Los países americanos estaban conmocionados por el ataque japonés a Pearl Harbor el día 7 del mismo mes de diciembre. La solidaridad panamericana estaba en su apogeo. La defensa colectiva del continente, inspirada en los convenios mul-

tilaterales de Lima y la Habana, se complementaba con varios convenios bilaterales.

El presidente Carlos Alberto Arroyo del Río, del gobierno liberal-conservador, incapaz de dar una respuesta a la doble invasión, se sumó a esa solidaridad internacional, reclamando, un par de años más tarde, “el procerato de la lealtad”... a Washington. En la práctica toleró la ocupación del territorio nacional por las tropas yanquis y aceptó las imposiciones peruanas. Recién el 24 de enero de 1942 se firmó el convenio para normalizar la presencia de tropas de los EEUU en Salinas y el 2 de febrero en Baltra. Entre estas dos fechas, con la presencia de las fuerzas armadas peruanas en territorio ecuatoriano y con una enorme presión panamericana, el 29 de enero de 1942, se firmó el Protocolo de Paz, Amistad y Límites de Rio de Janeiro, con el que el Perú intentó dilucidar la larga disputa de límites con su vecino.

Cuando se avizoraba el fin de la segunda guerra mundial, los EEUU trataron de prolongar la ocupación de esas dos bases por 99 años, con un pago de 20 millones de dólares. Esas negociaciones con el gobierno liberal-conservador de Quito se frustraron por la revuelta popular del 28 de mayo de 1944, conocida como “La Gloriosa”. Durante el nuevo régimen se mantuvieron las pretensiones de la gran potencia del norte. Empero, en la Asamblea Constituyente de 1944 se exigió buscar una salida que evite al país “la más humillante ofensa a la dignidad soberana”. Las presiones y negociaciones continuaron. Inclusive fueron parte de la agenda en los debates de otra Asamblea Constituyente, la de 1946. Sería en ese año, el 1 de julio cuando se retiraron las tropas de Washington. Al salir sus soldados dejaron desmantelados los equipos y en escombros las construcciones.

No se trata de hechos y pretensiones aisladas. Las apetencias imperiales, contando con la complicidad de varias personas relevantes en Ecuador, han estado desde hace mucho tiempo presentes. Su mayor atención se ha fijado en las Islas Galápagos. Una y otra vez, desde el siglo XIX, este territorio formó parte de negociaciones para tratar de resolver los acuciantes problemas de la “deuda eterna”. Antes de la instalación de la base de Baltra, ya en el año 1935, el presidente Franklin D. Roosevelt, preocupado por razones de geoestrategia y ante la no aceptación de Ecuador para vender las islas, buscaba mecanismos para que sea su país el que proteja la biodiversidad allí existente. Incluso se sugería la sesión de soberanía para que sea la Unión Panamericana la responsable del patrullaje de las islas y la encargada de financiar el proyecto.

Lo cierto es que Washington, insistentemente, ha desplegado esas intenciones. Los EEUU inclusive asoman prestos para “ayudar” cuando este pequeño país ecuatorial sufre alguna grave calamidad. En esta historia, larga y triste, bastaría traer a colación la llegada de tropas norteamericanas luego del terremoto de 1987, que golpeó duramente al nororiente del país y que destruyó el oleoducto transecuatoriano, ahondando la crisis económica desatada poco antes por el insostenible peso de la deuda externa. Llegaron reservistas norteamericanos para ayudar en la construcción de una vía que uniría San Pablo-Río Hollín-Huaticocha. Lo que buscaban esas tropas era aprender a construir carreteras en territorios selváticos, por eso su aporte real fue prácticamente nulo. Y aún cuando el Congreso Nacional dispuso su salida, el gobierno del socialcristiano León Febres Cordero permitió que continúen en territorio ecuatoriano para cumplir con el plazo de seis meses acordado con los EEUU.

Para cerrar este breve repaso se podría mencionar también como el gobierno de Guillermo Lasso negoció la protección del archipiélago cediendo parte de la soberanía nacional a través de una confusa negociación financiera.

LA CRUDA REALIDAD DE LA BASE DE MANTA

A contrapelo de quienes sostienen lo contrario, vale conocer que la base norteamericana en Manta no contribuyó a resolver el flagelo del narcotráfico. Durante su existencia la tasa de criminalidad se disparó, los envíos de droga se triplicaron y decenas de personas, particularmente pescadores, denunciaron abusos de parte de soldados yanquis e inclusive se registraron varias violaciones a los Derechos Humanos, como denunció un informe del INREDH, en el año 2016. Es más, como se demostró posteriormente, las acciones de los aviones norteamericanos no se ciñeron a los términos del convenio pactado, pues en muchos casos estaban orientadas a la lucha contra la insurgencia en Colombia y la interdicción de emigrantes.

Muy lejos quedó el sueño de transformar a Manta en una suerte de Miami en el Pacífico. Los bares, discotecas y cabarets crecieron y los empleos que se crearon tuvieron la duración de la remodelación de las instalaciones del aeropuerto, o sea ocho meses, y luego los trabajos ofrecidos fueron en labores de limpieza y transporte de carga, con sueldos muy inferiores a los de los norteamericanos. El crecimiento del turismo y el comercio que se esperaba llegó para pocos. Las tropas allí instaladas consumían escasos productos locales.

También cabría traer a colación que luego del desmantelamiento de la base de Manta, los norteamericanos establecieron dos bases más en Colombia, en donde en la actualidad ya existen siete bases de los EEUU, sin que se haya logrado parar hasta ahora el narcotráfico; es más, la producción de cocaína sigue en alza en el territorio colombiano y también en el peruano, en donde funcionan cinco bases militares norteamericanas.

OTRA OPORTUNIDAD PROPICIA PARA WASHINGTON

Ahora, en medio de otra crisis de enormes proporciones, que ha desembocado en un enfrentamiento armado contra el narcotráfico y afines, aparecen nuevamente las condiciones para otro desembarco de tropas norteamericanas. La declaración del “conflicto interno armado” empata con las pretensiones de Washington, siempre presto a profundizar los lazos de sumisión de su patio trasero, sobre todo en la actualidad cuando las grandes potencias mundiales están empeñadas en consolidar sus espacios de influencia y de ser posible ampliarlos.

Los EEUU, lo sabemos muy bien, están metidos hasta el cuello en una larga y casi inútil guerra contra el narcotráfico; bastaría con recordar su aparatosa derrota en lo que se conoce como “la guerra del opio” en Afganistán, el año 2021. La guerra contra el narcotráfico, sin embargo, es parte de su geo-estrategia, sobre todo en nuestra región.

Como ya lo señalamos, desde la salida de la base militar estadounidense de Manta se ha mantenido una campaña de diversas fuerzas políticas para que se autorice su retorno. En todo este tiempo, representantes del Comando Sur han ofrecido de forma reiterada la “colaboración” militar. Hubo varios acercamientos cobijados con lo que significa la coordinación en la lucha contra el narcotráfico; no faltaron los aplausos desde el Norte a las acciones del gobierno de Rafael Correa, en cuyo primer período se produjo la salida de la Base de Manta por una disposición constitucional a la que se llegó luego de un largo proceso de resistencia en el país, desplegado desde el año 1999, con el liderazgo de la Coalición No Bases - Ecuador.

Las acciones para conseguir una mayor coordinación entre los militares de los dos países avanzaron aceleradamente en el gobierno de Guillermo Lasso, justo cuando desde la Embajada norteamericana en Quito se denunciaba el accionar de narcogenerales en la fuerza pública. En ese contexto, mientras se profundizaba / toleraba la infiltración de los narcos en la institucionalidad estatal y entraban a raudales los narcodólares en toda la economía, se redobló el paso para la preparación de un “Plan Ecuador”, emulando el “Plan Colombia”, que no solo que no resolvió la cuestión del narcotráfico en ese país, sino que de diversas maneras es también uno de los causantes de la creciente presencia de las bandas delictivas transnacionales en Ecuador.

En junio de 2022 se concretó un primer acuerdo entre los dos países. En diciembre del mismo año, el Congreso de Estados Unidos aprobó la “Ley de Asociación Ecuador-Estados Unidos”, estableciendo un plazo de medio año para que el Departamento de Estado propusiera un plan de acción concreto. Posteriormente, el Grupo de Trabajo Bilateral de Defensa entre ambos países, a mediados del 2023, propuso invertir más de 3.100 millones de dólares en el fortalecimiento de las Fuerzas Armadas ecuatorianas, con un plazo de 7 años de duración.

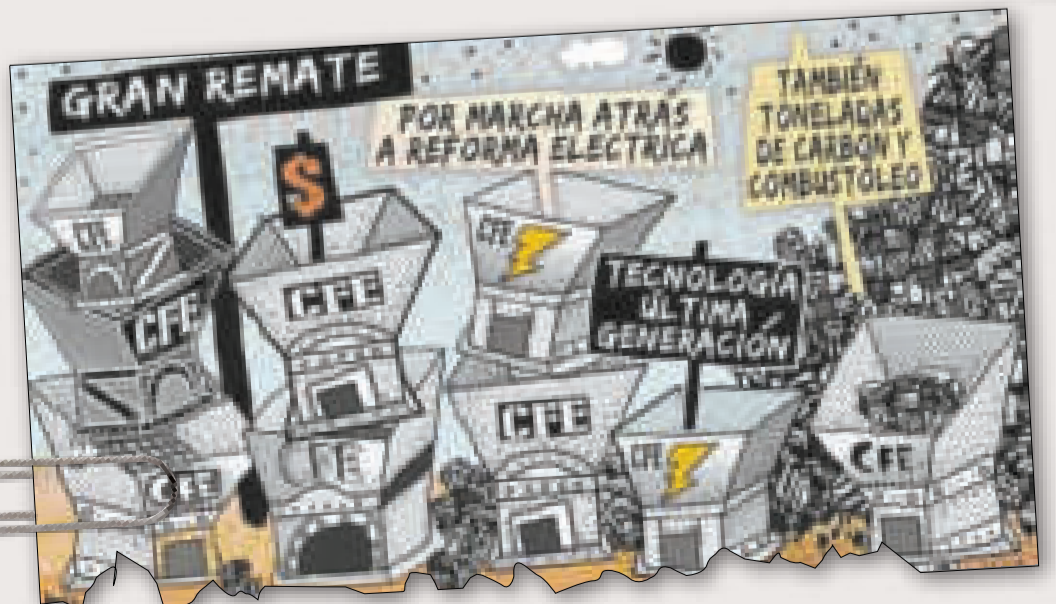
En mayo del mismo año, en el régimen de Lasso se firmó un acuerdo para la interceptación aérea. En setiembre se alcanzó otro acuerdo para prevenir, identificar, combatir, impedir e interceptar las actividades marítimas transnacionales ilícitas. Ambos tratados, por dictamen de la Corte Constitucional, no fueron conocidos, ni aprobados por la Asamblea Nacional. Y en ese mismo 2023, en octubre, a espaldas de la sociedad, como sucedió con la Base de Manta, el canciller ecuatoriano y el embajador de Estados Unidos suscribieron el “Acuerdo relativo al Estatuto de las Fuerzas”, que ha también recibido luz verde por parte de la Corte Constitucional.

Estas decisiones del órgano encargado de velar por la vigencia plena de la Constitución, sorprenden, por decir lo menos. Por mandato constitucional están prohibidas bases o instalaciones extranjeras con fines militares en el territorio nacional; en realidad no se trata de una prohibición para tener tropas extranjeras en un espacio físico reducido, sino de una clara prohibición de tropas foráneas en el Ecuador. Nuestro país fue declarado por la Constitución del 2008 –aprobada mayoritariamente por el pueblo ecuatoriano en las urnas– como un territorio de paz. Lo grave es que la Corte determinó que este acuerdo no constituye un acuerdo militar, sino más bien es solo un “compromiso de asistencia” en el marco del enfrentamiento al crimen organizado. Por lo tanto, no ameritaría debate alguno en la Asamblea Nacional, tal como sucedió con la Base de Manta en el año 1999. Es decir, este acuerdo puede ser ratificado directamente por el presidente Noboa.

Quizás, como una anotación para la historia queda el voto salvado de tres magistrados de la Corte, que resaltaron la magnitud y la trascendencia de los compromisos acordados y los privilegios concedidos a una fuerza militar extranjera, que comprometen la soberanía nacional y que al menos debió ser tratado por la Asamblea Nacional. Intentar confundir el aporte militar de los EEUU como un simple apoyo policial es una conclusión realmente audaz; ese subterfugio legal sirve para no cumplir con el claro mandato constitucional: artículo 419, que establece que para suscribir tratados internacionales políticos o militares, se requiere la aprobación de la Asamblea Nacional.

Los propósitos militares del acuerdo relacionado al estatuto de las fuerzas son evidentes. Basta revisar sus términos. El acuerdo se aplica a personal militar, tanto como al personal civil y contratistas estadounidenses que intervengan en diversas actividades, incluyendo entrenamiento y ayuda humanitaria, con una serie de privilegios e inmunidades. Se establecen exenciones tributarias para las tropas norteamericanas. También se entrega el uso gratuito del espectro radioeléctrico. Se obvia la jurisdicción penal sobre ese personal; no solo es, inclusive se acepta la resolución de conflictos de acuerdo a las leyes estadounidenses y no a las ecuatorianas. Y, por cierto, esto es clave, se asegura el libre movimiento de vehículos y buques; en otras palabras, las tropas norteamericanas no necesitarán una base específica, pues podrán recorrer libremente todo el territorio nacional y acceder en la práctica a todas las instalaciones, bases y cuarteles de las fuerzas armadas ecuatorianas.

El tan mencionado Plan Fénix para enfrentar el crimen organizado, al que se ha referido con frecuencia el mandatario ecuatoriano, a la postre parece ser un plan elaborado so por el Pentágono. En palabras de la jefa del Comando Sur: “EEUU tiene un plan de seguridad de cinco años para Ecuador”. Un plan bautizado como la Hoja de Ruta de Asistencia de Seguridad. Ella, adicionalmente, al celebrar la aceptación de este acuerdo y al tiempo de participar en la ceremonia de entrega de una nueva donación de equipos militares de los EEUU, declaró que “estoy orgullosa de servir con ustedes en el equipo democracia”, refiriéndose a los militares ecuatorianos presentes. Democracia, seguridad, desarrollo... todos conceptos con los que con frecuencia se disfrazan las apetencias imperiales.



Caricatura global